

Carta del señor Shandy al capitán Tobías Shandy

«Querido hermano Tobías:

«Lo que voy a decirte se refiere a la índole de las mujeres y a la manera de hacerles el amor. Y tal vez sea fortuna para ti (aunque no lo sea para mí) que se haya presentado la ocasión y que yo me crea capaz de escribir algunas instrucciones acerca del asunto.

«Si hubiera sido la voluntad del que rige nuestras leyes concederte más conocimientos que a mí, yo me alegraría de verte en mi lugar y de que esta pluma estuviera en tus manos; pero puesto que a mí me toca el instruirte, voy a derramar sin orden en el papel ideas y preceptos que conciernen al matrimonio, tales como acudan a mi mente y que a mi entender puedan servirte, creyendo darte con ello una prueba de cariño y no dudando, caro Tobías, del agradecimiento con que los recibirás.

«En primer lugar, respecto a lo que atañe a la religión en este asunto (aunque el calor que sube a mis mejillas me hace notar que me ruborizo al tocar esta cuestión; y aunque yo sé, a pesar de que lo calla tu modestia, que no descuidas ninguna de sus piadosas prácticas), hay una que te recomendaría de manera más particular para que no la olvides, a lo menos en el tiempo que duren tus amores. Dicha práctica, hermano Tobías, es la de no presentarte nunca en la morada de la que es objeto de tus pretensiones, sea por la mañana, sea por la tarde, sin encomendarte previamente a la protección de Dios todopoderoso, para que te preserve de todo mal.

«Te afeitarás la cabeza y te la lavarás cada cuatro o cinco días, o más a menudo si puedes, para que al quitarte la peluca en un momento de distracción no distingua ella o no pueda apreciar cuántos cabellos han caído segados por la mano del Tiempo, y cuántos por la de Trim (1).

«Debes alejar de su imaginación, tanto como te sea posible, toda idea de cabeza calva.

«No olvides nunca, Tobías, y observa esta máxima segura.

«Todas las mujeres son tímidas. Y vale más que así sea; de lo contrario, ¿quién se atrevería con ellas?

«Que tus calzones, Tobías, no sean demasiado estrechos

(1) Célebre peluquero de Londres.—(N. del T.)

ni demasiado anchos, y que no se parezcan a las amplias bragas de nuestros abuelos.

«Un justo *medium* evita comentarios.

«Cuando quieras o debas decir alguna cosa, cuando hables poco o mucho, modera siempre el sonido de tu voz. El silencio y todo lo que se le aproxima graba en la mente los misterios de la noche. Por lo mismo, si puedes evitarlo, no dejes caer la tenaza ni otro objeto que haga ruido.

«En tus conversaciones con ella, evita bromas y burlas; en cuanto de ti dependa, no la dejes leer ningún libro jovial. Puedes permitirle que lea algún tratado de devoción (aunque mejor sería que tampoco lo leyera), mas no aguantas que lea Rabelais, Scarrón o *Don Quijote*.

«Todos estos libros hacen reír; y tú sabes, Tobías, que nada es tan serio como los fines del matrimonio.

«Si te permite sentarte en el mismo sofá y te consiente poner tu mano en la suya, resístete a semejante tentación. No podrías coger su mano sin que la temperatura de la tuya le revelara lo que pasa en ti. Déjala siempre en la duda sobre este particular y sobre muchos otros. Conduciéndote así, tendrás en tu favor, a lo menos, su curiosidad; y si la hermosa no está aún enteramente sumisa y tu *asno* sigue dando coces (lo cual es probabilísimo), te harás sacar unas cuantas onzas de sangre de debajo de las orejas, según práctica de los antiguos escitas, que por este medio curaban los apetitos más desordenados.

«Avicena (1) es de opinión que no están de más algunas frías después de las evacuaciones, y yo pensaría lo mismo. Pero sobre todo, buen Tobías, come poco, absteniéndote en absoluto de comer pavo, pato y otros avechuchos acuáticos.

«En cuanto a la bebida, no necesito advertirte que debes contentarte con una infusión de verbena y anea, muy recomendada por sus efectos sorprendentes. Y si padece tu estómago, suspende el tratamiento y redúcete a vivir de pepinos, melones, sandías y lechugas.

«Por el momento no tengo más que decirte.

«A no ser que la guerra se declare...

«Así, pues, querido hermano, que te vaya bien.

«Siempre tuyo afectísimo,

«GAUTHIER SANDHY.»

(1) Célebre filósofo y matemático árabe (980-1037).

En las actuales circunstancias, Sterne mismo quitaría sin duda de su carta el artículo del *asno*; y lejos de aconsejarle sangrías a un predestinado, le cambiaría el régimen de pepinos y lechugas por otro de más substancia. Recomendábale entonces la economía para llegar a una profusión mágica en el momento de la guerra, imitando en esto al admirable gobierno de la Gran Bretaña, que en tiempo de paz tiene doscientos navíos, pero cuyos astilleros pueden dar el doble cuando se trata de cubrir los mares y apoderarse de una marina entera.

Cuando un hombre pertenece al pequeño número de aquellos a quienes una educación generosa ha dotado de pensamiento, debiera siempre, antes de casarse, consultar sus fuerzas físicas y morales. Para luchar con ventaja contra las tormentas que tantas y tantas seducciones han de levantar en el corazón de su mujer, un marido debe tener, además de la ciencia de los goces y de una fortuna que le permita no estar comprendido en el número de los predestinados, una salud robusta, un tacto exquisito, mucho ingenio, bastante buen sentido para no dejar sentir su superioridad más que en las circunstancias oportunas, y últimamente, unos oídos de tísico y unos ojos de lince.

Si tuviere una hermosa figura, una linda cara y un aire varonil, y no respondiera a tanta promesa, entraría en el número de los predestinados. Un marido feo, pero cuyo semblante rebosa expresión, estaría en las mejores condiciones para combatir al espíritu del mal, si su mujer olvida su fealdad, siquiera una vez sola.

Se procurará, y es un olvido en la carta de Sterne, ser siempre inodoro, para no dar ocasión al asco. Así, pues, se hará un uso muy limitado de los perfumes, que dan siempre ocasión para sospechas injuriosas.

Deberá estudiar sus actos y pulir sus discursos, como si fuera el cortesano de la mujer más inconstante del mundo. Precisamente para él ha hecho un filósofo la reflexión que sigue:

«Hay mujer que se ha hecho desgraciada para toda la vida, que se ha perdido, que se ha deshonrado por un hombre a quien dejó de amar, todo porque él se ha quitado torpemente el frac, se ha cortado mal las uñas, se ha puesto los calcetines al revés, o no ha sabido desbrocharse bien algún botón.»

Uno de sus deberes más importantes será el ocultar a su mujer la verdadera situación de su fortuna, para poder satisfacer sus caprichos, como lo hacen los solteros más rumbosos.

Por último, cosa difícil, cosa por la cual se necesita un coraje sobrehumano, debe ejercer el poder más absoluto sobre el asno de que habla Sterne. Dicho asno debe estar sometido como un siervo del siglo décimotercio a su señor, y obedecer y callar, no moviéndose ni deteniéndose hasta que se le mande.

Provisto de todas estas ventajas, un marido puede entrar en liza con esperanzas de éxito. Pero, como todos los demás, corre el peligro de ser para su esposa una especie de editor responsable.

¡Y qué! van a exclamar algunos infelices que no ven más allá de sus narices, ¿tantos cuidados y penas son precisos para amar? ¿será necesario ir a la escuela para ser felices en el matrimonio? ¿Fundará el gobierno para nuestro uso una cátedra de amor, como fundó en otro tiempo una cátedra de derecho público?

He aquí nuestra respuesta:

Esas reglas múltiples tan difíciles de deducir, esas minuciosas observaciones y esas nociones variables según los temperamentos, preexisten, por decirlo así, en el corazón de los que han nacido para el amor, como el sentimiento del gusto, y no sé qué facilidad en combinar las ideas se encuentran en el alma del poeta, del pintor, o del músico. Los hombres que experimenten fatiga al poner en práctica las enseñanzas dadas en esta Meditación, naturalmente son predestinados, como el que no sabe distinguir las relaciones existentes entre dos ideas distintas, es un imbécil. En efecto, el amor tiene sus grandes hombres descubiertos, como la guerra tiene sus Napoleones, como la poesía tiene su Andrés Chenier, y la filosofía sus Descartes.

Esta última observación contiene el germen de una respuesta a la pregunta que se hacen todos los hombres desde hace mucho tiempo: ¿qué razón hay para que sean tan escasos los matrimonios felices?

Es un fenómeno de orden moral; son poco frecuentes los matrimonios felices, como lo son las personas de genio. Una pasión duradera es un drama sublime representado por dos actores iguales en talento, un drama en el cual los sentimientos son catástrofes, los deseos acontecimientos, y en el que hace cambiar la escena el pensamiento más leve. Ahora bien, ¿cómo encontrar a menudo en el tropel de bimanos que se llama nación, un hombre y una mujer que posean en el mismo grado el genio del amor, cuando las personas de talento son ya contadas en las otras ciencias en las que para brillar no necesita el artista más que entenderse consigo mismo?

Hasta el presente, nos hemos contentado con hacer presentir las dificultades, en cierto modo físicas, que han de vencer los esposos para ser felices; ¿qué sería si hubiéramos de desarrollar el espantoso cuadro de las obligaciones morales que nacen de la diferencia de los caracteres!... Detengámonos... El hombre bastante hábil para dominar o dirigir el temperamento, será ciertamente dueño del alma.

Supongamos que nuestro marido modelo llena estas primeras condiciones para disputar con ventaja su mujer a todos los asaltantes. Admitamos asimismo que no pertenece a ninguna de las numerosas clases de predestinados a las que ya hemos pasado revista. Convengamos, por último, en que se halla imbuído en todas nuestras máximas; en que posee la admirable ciencia de la que hemos revelado varios preceptos; en que se ha casado sabiendo mucho; en que conoce a su mujer y en que ésta le ama; y prosigamos la enumeración de todas las causas generales que pueden empeorar la situación crítica a que le llevaremos para instrucción del género humano.

MEDITACIÓN VI

DE LOS COLEGIOS

Si os habéis casado con una señorita educada en colegio, hay treinta probabilidades más que añadir a la enumeración precedente en contra de vuestra dicha; os pareceréis exactamente al hombre que ha metido la mano en un avispero.

En tal caso, inmediatamente después de la bendición nupcial, y sin consideración a la inocente ignorancia, a las gracias ingenuas, a la pudorosa compostura de vuestra esposa, debéis meditar y seguir los axiomas y preceptos que insertamos en la Segunda parte de este libro. Haréis más: pondréis en práctica los rigores de la tercera parte, desplegando desde luego una vigilancia activa con paternal e ininterrumpida solicitud, pues desde el día siguiente al de la boda, y quizá desde la víspera, habrá peligro en la casa.

En efecto, acordaos de la instrucción secreta y honda que los escolares adquieren de *natura rerum*, de la natu-

raleza de las cosas. Lapeyrouse, Cook, o el capitán Parry, ¿han tenido nunca tanto ardor en navegar hacia los Polos, como los escolares en hacerlo hacia los paseos prohibidos del océano de los placeres?

Siendo las chicas más astutas, más ingeniosas y más curiosas también que los muchachos, sus citas clandestinas, sus conversaciones (que todo el arte de las superiores será incapaz de impedir), deben estar dirigidas por un genio mil veces más infernal que el de los colegiales. ¿Qué hombre ha oído jamás las reflexiones morales y las ideas maliciosas de esas muchachuelas? Sólo ellas conocen las travesuras en que el honor se pierde por adelantado, esas tentativas de agradar, esos tanteos de voluptuosidad, esos simulacros de deleite que pueden compararse a los hurtos infantiles de los niños golosos cuando pellizcan los postres antes de la hora de comer. Una chica podrá salir virgen del colegio, pero casta, nunca. Más de una vez habrá discutido en secretos conventículos la cuestión de los amantes, y la corrupción habrá hecho presa en el alma o en el cuerpo de las niñas.

Admitamos, empero, que vuestra mujer no haya participado de esas virginales golosinas, de esas dichas prematuras. De que no haya tenido voz ni voto en los consejos secretos de *las grandes*, ¿se sigue que sea mejor? Nunca. A lo menos habrá hecho amistad con otras jóvenes, y seremos en verdad modestos no concediéndole más que dos o tres amigas íntimas. ¿Estáis seguro de que vuestra mujer, al salir del colegio, no ha concurrido ya a los conciliábulos en que se trata de conocer por adelantado, y a lo menos por analogía, los juegos de los pichones? Por fin, sus amigas se casarán; y tendréis que vigilar entonces a cuatro mujeres en vez de una; tendréis que adivinar cuatro caracteres, quedando a merced de cuatro maridos y de una docena de solteros cuya vida, principios y costumbres ignoráis, cuando hayáis aprendido por nuestras meditaciones la necesidad en que os veréis un día de pensar en las personas con las que os habéis casado, sin saberlo, al mismo tiempo que os casabais con vuestra elegida. Sólo Satán hubiera podido imaginar un colegio de señoritas en el seno de una gran ciudad. Siquiera la señora Campán había establecido su pensión de internas, famosa por cierto, en Ecouen. Su discreta precaución es una prueba de que no era una mujer vulgar. Allí, sus colegialas no veían el museo de las calles, compuesto de frases obscenas y de inmensas y grotescas imágenes dadas a los lápices del espíritu maligno. Allí no tenían in-

cesantemente delante de los ojos el espectáculo de los achaques y úlceras humanos, expuestos por donde quiera en Francia, ni había perversos gabinetes literarios vomitando en secreto el veneno de los libros destructores e incendiarios. Aquella sabia institutriz comprendía que sólo en Ecouen podía conservar a una pensionista intacta y pura, si eso es posible. ¿Pretenderíais quizá impedir fácilmente a vuestra esposa el ver a sus amigas de colegio? ¡Locura! Se encontrarían en el baile, en el teatro, en el paseo, en el mundo; ¡y cuántos servicios pueden prestarse dos mujeres!... Pero ya meditemos este nuevo tema en su debido lugar.

Lo dicho no es todo; hay más todavía: si vuestra señora suegra ha puesto a su hija en un colegio, ¿creéis que haya sido por interés por su hija? Una señorita de doce a quince años es un Argos terrible, y si la señora suegra no quería un Argos en su casa, empiezo a creer que la dignísima suegra pertenece inevitablemente a la parte más dudosa de nuestras honestas damas. De manera que en todas ocasiones será para su hija, o un fatal ejemplo o un peligroso consejero.

Detengámonos... la suegra exige toda una Meditación.

Quiero decir que, de cualquier lado que os volváis, el lecho conyugal es de todas maneras lecho de espinas.

Antes de la Revolución, algunas familias aristocráticas mandaban sus hijas al convento. El ejemplo era seguido por familias vulgares que imaginan poder dar a sus hijas el tono y los modales de las otras solamente por ponerlas juntas. Este error del orgullo era fatal para la dicha doméstica, sin contar que el convento encerraba todos los inconvenientes del colegio. La ociosidad reina en aquéllos más que en éstos. Las rejas claustrales son incentivos para la imaginación. La soledad es una de las provincias predilectas del diablo; no se concibe qué estragos pueden hacer los fenómenos más ordinarios de la vida en el alma de unas chicas soñadoras, ignorantes y desocupadas.

Las unas, a fuerza de haber acariciado quimeras, dan lugar a *quid pro quos* más o menos raros. Otras, habiendo exagerado en su mente las delicias conyugales, se dicen a sí mismas cuando las conocen: ¿no es más que esto?... De todos modos, la instrucción incompleta que pueden adquirir las chicas educadas en comunidad tiene todos los peligros de la ignorancia y todas las amarguras de la ciencia.

Una joven educada en casa por una madre o una tía

virtuosas, beatas, amables o bruscas; una joven cuyos pasos no hayan franqueado nunca el umbral doméstico sin buena escolta, cuya infancia laboriosa haya sido mortificada hasta por labores enteramente inútiles, a la que todo le sea desconocido, incluso el espectáculo de Serafín, es un tesoro de los que se encuentran pocas veces en el mundo, como esas flores silvestres rodeadas de tanto matorral que no alcanzan a verlas ojos mortales. El que siendo dueño de una flor tan suave y pura se la deja cultivar por otros, ha merecido cien veces su infortunio. Es un monstruo o es un bobo.

Esta sería la ocasión de examinar si existe un modo cualquiera de casarse bien y de retardar indefinidamente las precauciones cuyo conjunto será presentado en las partes segunda y tercera; pero ¿no está bien probado que es más cómodo leer la *Escuela de las mujeres* en un horno cerrado herméticamente, que acertar a conocer el carácter, las costumbres y el espíritu de una señorita casadera?

La mayoría de los hombres ¿no se casa lo mismo que si comprara unos títulos de renta en el mercado bursátil?

Y si en las Meditaciones precedentes hemos logrado demostraros que la mayor parte de los hombres viven en la más profunda incuria de su honor, en cuanto al matrimonio, ¿es razonable creer que haya gentes bastante ricas, bastante espirituales, bastante observadoras, para perder, como el Burchell del *Vicario de Wakefield*, uno o dos años de su tiempo en adivinar, en espiar a las mozas que piensan hacer sus mujeres, cuando tan poco se acuerdan de ellas después de haberlas maritalmente poseído en el lapso de tiempo que los ingleses llaman *La luna de miel*, cuya influencia discutiremos bien pronto?

Sin embargo, como hemos reflexionado mucho sobre esta materia importante, haremos observar que existen algunos medios de escoger más o menos bien, aun escogiendo pronto.

Por ejemplo, está fuera de duda que las probabilidades estarán en vuestro favor:

1.º Si elegís una señorita cuyo temperamento se parezca al de las mujeres de Luisiana o Carolina.

Para obtener informes serios sobre el temperamento de una joven, es necesario poner en vigor cerca de las criadas el sistema de que habla Gil Blas, empleado por un hombre de Estado para conocer las conspiraciones y saber cómo los ministros habían pasado la noche.

2.º Si elegís una esposa que, sin ser fea, diste de entrar en el número de las bonitas.

Tenemos como principio cierto que, para ser lo menos desventurado posible en el hogar, son elementos infalibles de éxito una gran dulzura de alma unida en la mujer a una fealdad soportable.

Pero si queréis saber la verdad, abrid a Rousseau, pues no se agitará en ningún tiempo una cuestión de moral pública cuyo alcance no haya él indicado. Leed:

«En los pueblos morigerados, las solteras son felices y las casadas severas. Lo contrario sucede en los países no morigerados.»

Resultaría de la adopción del principio consagrado por esta observación profunda y verdadera, que no habría tantos infortunados matrimonios si los hombres se casaran con sus queridas. Para eso, la educación de las chicas, en Francia, debería recibir importantes modificaciones. Hasta aquí, las leyes y las costumbres francesas, cuando han querido evitar un crimen o un delito, han optado por evitar el delito favoreciendo el crimen. En efecto, la falta de una soltera es apenas un delito si se compara a la cometida por la mujer casada. ¿No es, por consiguiente, incomparablemente menos peligroso dar libertad a las solteras que dejársela a las casadas? La idea de tomar una soltera a prueba, hará pensar a más hombres serios que reír a hombres calaveras. Las costumbres de Alemania, de Suiza, de Inglaterra, de los Estados Unidos, conceden a las solteras unos derechos que en Francia parecerían un desquiciamiento de toda moral; y, sin embargo, es positivo que en los citados países resultan los matrimonios menos desgraciados que en Francia.

«Cuando una mujer se entrega enteramente a un amante, ha debido conocerlo bien. Ha debido otorgarle su estimación y su confianza antes de darle el corazón.»

Estas líneas, en que resplandece la verdad, iluminaron sin duda el calabozo en que las escribió Mirabeau (1), y la fecunda observación que ellas encierran, aunque es debida a la más fogosa pasión del célebre orador, no por eso deja de dominar el problema social de que nos ocupamos. En efecto, un matrimonio cimentado en el religioso examen que supone el amor y en el desencanto que sigue a la posesión, debe ser la más indisoluble de todas las uniones.

(1) En su obra titulada: *Cartas a Sofía*. Gabriel Roquetti, conde de Mirabeau, fué el mejor orador de la Revolución francesa, recibiendo por ello el sobrenombre de el *Demóstenes francés*.—(N. del T.)

Una mujer no puede entonces reprochar a su marido el derecho legal en virtud del cual ella le pertenece; tampoco puede hallar en esta sumisión forzosa razón para entregarse a un amante, cuando, pasado algún tiempo, tenga en su corazón un cómplice cuyos sofismas la seduzcan preguntándole veinte veces en cada hora por qué, si se ha entregado contra su voluntad a un hombre a quien no amaba, no se ha de entregar de buena voluntad al hombre a quien ama. En este caso, una mujer no puede quejarse de estos defectos inherentes a la naturaleza humana, toda vez que ya ha probado de antemano su tiranía y sus caprichos.

¡Muchas jóvenes se verán burladas en sus esperanzas de amor!... Pero ¿no tendrán una inmensa ventaja siendo compañeras de hombres a quienes no tienen derecho a despreciar?

Algunas almas mixtas dirán que semejante cambio de costumbres produciría una espantosa disolución pública; que las leyes, o los usos, que dominan a las leyes, no pueden, después de todo, consagrar el escándalo y la inmoralidad, y que si existen males inevitables, al menos la sociedad no debe santificarlos.

Fácil es contestar, ante todo, que el sistema propuesto tiende a prevenir estos males, que se han considerado hasta hoy inevitables; pero, por poco exactos que sean los cálculos de nuestra estadística, lo cierto es que acusan una inmensa llaga social, y que nuestros moralistas, siguiendo lo mismo, mostrarían de una manera palpable que prefieren el mal mayor al menor, la violación del principio en que está basada la sociedad a la dudosa licencia de las jóvenes; la disolución de las madres de familia, que corrompen los manantiales de la pública educación y que causan la desgracia de cuatro personas por lo menos, a la disolución de una joven, que sólo se compromete a sí propia o, todo lo más, a un hijo. ¡Perezca la virtud de mil vírgenes, antes que esa santidad de costumbres y esa corona de honor que debe adornar siempre a la madre de familia! En el cuadro que ofrece una joven abandonada por su seductor hay un no sé qué de imponente y sagrado: juramentos olvidados, santas confianzas burladas, y, flotando sobre las ruinas de las virtudes más fáciles, la inocencia deshecha en llanto, que duda de todo, al dudar del amor de un padre a su hijo. La infortunada puede aún ser inocente; puede convertirse en esposa fiel y en madre amantísima; y si el pasado está cargado de nubes, el porvenir presenta un aspecto

azul como el del cielo despejado. ¿Hallaremos estos agradables colores en los sombríos cuadros de los amores ilegítimos? No, en los unos la mujer es víctima, en los otros, criminal. ¿Cuál es la esperanza de la mujer adúltera? Si Dios perdona sus faltas, la vida más ejemplar no bastará para hacer desaparecer de la tierra los frutos animados que aquéllas han dado. Si Jacobo I es hijo de Rizzio (1), el crimen de María duró tanto como su deplorable y real casa, y la caída de los Estuardos es justa. Pero, hablemos de buena fe: ¿encierra en realidad tantos peligros como se supone la emancipación de las jóvenes?

Fácil es acusar a una joven de que se ha dejado seducir llevada del deseo de salir a toda costa del estado de hija de familia; pero eso sólo es cierto en el actual estado de nuestras costumbres. Hoy, una joven no conoce la seducción ni sus asechanzas, se apoya únicamente en su debilidad, e interpretando a su modo las cómodas máximas de la buena sociedad, su engañosa imaginación, gobernada por deseos que todo viene a fortalecer, es un gufa tanto más ciego, cuanto que *rara vez una joven confía a otra* los secretos pensamientos de su primer amor.

Si ella fuese libre, una educación exenta de preocupaciones la armaría contra el amor de quien quiera que intentara seducirla. Como le sucede a todo el mundo, sería más fuerte para vencer los peligros conocidos, que aquellos cuya importancia desconoce. Por otra parte, por el mero hecho de ser dueña de sí misma, ¿dejará una joven de estar bajo el ojo vigilante de su madre? ¿Quedarán olvidados ese pudor y esos temores poderosísimos que la naturaleza ha puesto en el alma de las jóvenes para preservarlas de la desgracia de entregarse a un hombre que no las ame? Finalmente, ¿cuál es la joven tan poco calculadora que no adivine que el hombre más inmoral quiere hallar grabados ciertos principios en el corazón de su mujer, del mismo modo que los amos quieren que sus criados sean perfectos, y que, en tal caso, la virtud es para ella el tesoro más rico y más fecundo?

Después de todo, ¿de qué se trata aquí? ¿Para quién creéis que escribimos? A lo sumo para quinientas o seiscientas mil vírgenes que tienen por armas su repugnancia

(1) David Rizzio, secretario y favorito de María Estuardo, murió asesinado en la misma cámara de la reina. Alejandro Dumas, en su obra titulada: *Los Estuardos*, obra que publicó el editor Luis Tasso, hace un magnífico retrato de Rizzio, al par que describe este hecho.—(N. del T.)

por ciertos hechos y el alto precio en que se estiman: lo mismo saben ellas defenderse que venderse.

Los diez y ocho millones de seres que hemos colocado fuera del tapete, casi todos se casan por el sistema que tratamos de implantar en nuestras costumbres; y respecto a las clases intermediarias que separan a nuestros pobres bimanos de los hombres privilegiados que marchan a la cabeza de una nación, el número de hijos expósitos que produce y entrega a la desgracia esa clase media va en aumento desde la paz, si hemos de creer a M. Benoistón de Chateaufeuf, uno de los sabios más perseverantes que se han dedicado a las áridas y útiles investigaciones estadísticas. Pero ¿cómo no poner remedio a tan terrible plaga, fijándonos en el gran número de bastardos que nos denuncia la estadística y en los infortunios que nuestros cálculos nos hacen sospechar en la alta sociedad? Difícil es señalar aquí todas las ventajas que resultarían de la emancipación de las jóvenes. Cuando lleguemos a darnos cuenta de las circunstancias que acompañan al matrimonio tal como lo han implantado nuestras costumbres, las inteligencias calculadoras podrán apreciar todo el valor del sistema de educación y de libertad que pedimos para las solteras en nombre de la razón y de la naturaleza. La preocupación que tenemos en Francia respecto a la virginidad de las novias, es la más estúpida de cuantas nos quedan. Los orientales toman a sus mujeres sin inquietarse del pasado y las encierran para estar más seguros del porvenir; los franceses encierran a las jóvenes en una especie de serrallos guardados por madres, por preocupaciones y por ideas religiosas, y conceden a sus esposas la más completa libertad, mostrando de esta manera que se preocupan más del pasado que del porvenir. Todo consiste únicamente en invertir nuestras costumbres. De este modo acaso acabaríamos por dar a la fidelidad conyugal todo el sabor y el incentivo que las esposas encuentran hoy en las infidelidades.

Pero esta discusión nos alejaría demasiado de nuestro objeto, si fuese preciso examinar en todos sus detalles esta inmensa mejora moral que sin duda reclamará Francia en el siglo xx, pues las costumbres se reforman lentamente. Para llevar a cabo una ligera modificación, ¿no ha sido preciso que la idea más atrevida del siglo pasado haya llegado a ser la más trivial del presente? Verdad es que sólo por pasatiempo hemos tocado esta cuestión, para demostrar que no se nos ha pasado desapercibida y para legar una obra más a nuestros descendientes.

He aquí a buena cuenta la tercera: la primera se refiere a las cortesanas, y la segunda es la fisiología del placer.

Cuando diez seamos,
Una cruz hagamos.

Dado el estado actual de nuestras costumbres y nuestra imperfecta civilización, existe un problema insoluble por el momento y que hace superflua toda disertación relativa al arte de escoger esposa. Como todos los demás, lo entregamos a la meditación de los filósofos.

PROBLEMA

Todavía no se ha podido decidir si una mujer se inclina a ser infiel más bien por la imposibilidad en que pudiera hallarse de ser lo contrario, que por la libertad en que pudiera dejársela respecto a este punto.

Por lo demás, como en esta obra consideramos al hombre en el momento en que acaba de casarse, manifestaremos que, si ha encontrado una mujer de temperamento sanguíneo, de imaginación viva, de constitución nerviosa o de carácter indolente, su situación será mucho más grave.

En situación más crítica y en peligro mayor se hallaría aún si su mujer no bebiese más que agua (véase la Meditación titulada: *Higiene conyugal*); pero si tuviera disposición para el canto, o si se constipase con facilidad, habría motivo para temblar a diario; pues está demostrado que las cantantes son, por lo menos, tan apasionadas como las mujeres cuyo sistema mucoso es en extremo delicado.

Por último, el peligro sería aún mucho mayor si nuestra esposa tuviese menos de diez y siete años, o color pálido mate; pues esta clase de mujeres son casi todas artificiosas.

Pero no queremos anticipar los terrores que han de ser el motivo de que los maridos puedan hacer, una vez conocido el carácter de sus esposas, el diagnóstico de su desgracia. Esta digresión nos ha alejado demasiado de los colegios, donde tantos infortunios se preparan y de donde salen tantas jóvenes incapaces de apreciar los penosos sacrificios que han hecho para llegar a la opulencia los hombres que las honran casándose con ellas; tan-

tas jóvenes impacientes por gozar de los placeres del lujo, que ignoran nuestras leyes, que están afanosas por disfrutar del imperio que les da su belleza y prontas a despreciar los verdaderos afectos del alma por los zumbidos de la adulación.

Que esta meditación deje en la memoria de los que la hayan leído, aunque sólo haya sido abriendo el libro por casualidad o por distracción, una aversión profunda por las señoritas educadas en un colegio de internas, y con esto solamente ya se habrán prestado grandes servicios a la causa pública.

MEDITACIÓN VII

DE LA LUNA DE MIEL

Si nuestras primeras Meditaciones prueban que es casi imposible en Francia que una mujer casada conserve su virtud, la enumeración de los célibes y de los predestinados, nuestras observaciones sobre la educación de las jóvenes y el rápido examen que hemos hecho de las dificultades que ofrece la elección de esposa, explican, hasta cierto punto, esta fragilidad nacional. Así es que, después de haber declarado con franqueza la sorda enfermedad que mina al estado social, hemos buscado sus causas, y son éstas la imperfección de las leyes, la inconsecuencia de las costumbres, la incapacidad personal y las contradicciones de nuestros hábitos. Un solo hecho nos resta, pues, que observar: la invasión del mal.

Entramos en este principio abordando las importantes cuestiones que en sí encierra la luna de miel; y, al mismo tiempo que nos servirá esto de punto de partida para estudiar todos los fenómenos conyugales, será el brillante eslabón que encadene nuestras observaciones, nuestros axiomas y nuestros problemas: anillos éstos sembrados de intento en medio de las sabias locuras de nuestras parleras Meditaciones. La luna de miel será, por decirlo así, el apogeo del análisis a que teníamos que entregarnos antes de poner frente a frente a nuestros dos imaginarios campeones.

La expresión *luna de miel* es un anglicismo que pasará

a todos los idiomas por lo bien que expresa esa época fugitiva del matrimonio en que la vida es tan dulce y está tan llena de encantos; prevalecerá, como prevalecen las ilusiones y los errores, porque es la más odiosa de todas las mentiras. Si se presenta como una ninfa coronada de frescas flores y acariciadora como una sirena, es porque es la personificación de la desgracia, y la desgracia llega casi siempre jugueteando.

Los esposos destinados a amarse toda la vida no conciben la luna de miel; para ellos no existe, o mejor dicho, existe siempre: son como aquellos inmortales que no concebían la muerte. Pero esta felicidad no es objeto de nuestro libro; y, para nuestros lectores, el matrimonio está bajo la influencia de dos lunas: la luna de miel y la luna de hiel. Esta última termina con una revolución que la transforma en creciente perpetuo, y, cuando brilla en un hogar, es para siempre.

¿Cómo puede iluminar la luna de miel a dos seres que no han de amarse?

¿Cómo puede ocultarse una vez que ha aparecido en el horizonte?...

¿Tienen todos los matrimonios su luna de miel?

Procedamos con orden para resolver estas tres cuestiones.

La admirable educación que damos a las jóvenes y las prudentes costumbres y leyes que imperan en el casamiento de los hombres, van a dar aquí todos sus frutos. Examinemos las circunstancias que preceden y acompañan a los matrimonios menos desgraciados.

Nuestras costumbres desarrollan en la joven a quien vais a hacer vuestra esposa una curiosidad naturalmente excesiva; pero como las madres en Francia tienen la presunción de poner todos los días al fuego a sus hijas sin permitir que se quemem, esta curiosidad no tiene límites.

Una ignorancia profunda de los misterios del matrimonio oculta a esta criatura, tan cándida como astuta, el conocimiento de los peligros a que aquél la expone; y presentándosele sin cesar el matrimonio como una época de tiranía y de libertad, de goces y de predominio, sus deseos crecen con el interés de lo que se espera satisfacer en breve tiempo: para ella el casarse es pasar de la nada a la vida.

Si tiene impreso en su alma el sentimiento de la dicha, la religión, la moral, las leyes y su madre le han repetido mil veces que esta dicha sólo puede venirle de su marido.

La obediencia es en ella una necesidad, cuando no es

una virtud; pues lo espera todo de su esposo. En principio, las sociedades consagran la esclavitud de la mujer, pero ella no se atreve a desear el rompimiento de sus cadenas, porque se considera débil, tímida e ignorante.

A no ser que haya algún error debido a la casualidad, o alguna repugnancia que sería imperdonable que el esposo no hubiese adivinado, la mujer trata de agradarle, puesto que no le conoce.

Por último, para facilitar vuestro triunfo, tomadla en el momento en que la naturaleza solicita, muchas veces con energía, los placeres que podéis concederle. Como san Pedro, vosotros tenéis la llave del paraíso.

Ahora pregunto yo a esta criatura razonable: ¿pondría un demonio en torno de un ángel, cuya perdición hubiese jurado, los elementos de su desgracia, con tanta solicitud como los ponen las buenas costumbres para conspirar contra la dicha del marido?... ¿No sois vosotros algo así como un rey rodeado de aduladores?

Entregada con todas sus ignorancias y sus deseos a un hombre que, aunque esté enamorado, no puede ni debe conocer sus costumbres secretas y delicadas, ¿no se mostrará vergonzosamente pasiva, sumisa y complaciente durante todo el tiempo que su infantil imaginación la persuada de que espere el placer o la felicidad hasta un día que no llega nunca?

En esta extraña situación en que las leyes sociales y naturales se contradicen, una joven obedece, se entrega, sufre y calla por interés propio. Su obediencia es una especulación; su complacencia una esperanza; su abnegación una especie de vocación de que os aprovecháis; su silencio generosidad. Mientras que no os comprenda, será víctima de vuestros caprichos; sufrirá vuestro carácter hasta que lo haya estudiado; se sacrificará sin amar, porque cree en la apariencia de pasión que le mostráis en el primer momento de la posesión; pero no se llamará ya más el día en que haya reconocido la inutilidad de sus sacrificios.

Entonces, llega un día en que todos los contrasentidos que han presidido a esta unión se levantan como las ramas de un árbol que han estado momentáneamente inclinadas bajo algún peso y que después se ven aligeradas poco a poco. Habéis tomado por amor la existencia negativa de una joven que esperaba la dicha, que volaba al encuentro de vuestros deseos, con la esperanza de que vosotros salieseis también al encuentro de los suyos, y que no se atrevía a quejarse de las desgracias secretas de

que era la primera en acusarse. ¿Qué hombre no sufriría un desengaño ante una decepción preparada de tanto tiempo atrás y en la que una esposa es inocente, cómplice y víctima a la par? Sería preciso ser un Dios para escapar a la fascinación con que os rodea la naturaleza y la sociedad. ¿No son todo asechanzas en torno vuestro y en vuestro propio interior, ya que para ser felices tenéis que defenderos de los impetuosos deseos de vuestros sentidos? ¿En dónde está para contener a éstos esa poderosa barrera que levanta la ligera mano de la mujer a quien se desea agradar porque no se la posee aún?... Habéis hecho revistar y desfilar vuestras tropas cuando no había gente en las ventanas. Habéis quemado fuegos artificiales de los que sólo han quedado las cañas cuando vuestro convidado se presenta para verlos. Vuestra mujer estaba ante los placeres del matrimonio como un mohicano en la ópera: el maestro se aburre cuando el salvaje empieza a comprender.

LVI

En el matrimonio, el momento en que dos corazones pueden entenderse es tan rápido como un rayo, y una vez que pasa ese momento, ya no vuelve.

Este primer ensayo de vida común entre dos seres, en el que animan a la mujer la esperanza de la felicidad, el sentimiento virgen aun de sus deberes de esposa, el deseo de agradar, la virtud tan persuasiva en el momento en que son compatibles el amor y el deber, se llama Luna de Miel. ¿Cómo ha de durar mucho tiempo entre dos seres que se asocian para toda la vida sin conocerse bien? Si de algo hay que asombrarse, es de que los deplorables absurdos acumulados por nuestras costumbres en torno del lecho nupcial hagan nacer tan pocos odios...

Que la existencia del hombre moderado sea un arroyo apacible y la del pródigo un torrente; que el niño cuyas imprudentes manos han deshojado todas las rosas en el camino, no encuentre más que espinas; que el hombre que en su loca juventud ha devorado un millón no pueda gozar ya, durante su vida, de los cuarenta mil francos de renta que este millón le hubiese dado, son verdades triviales, si se refieren a la moral, y nuevas, si se aplican a la conducta que siguen ya casados la mayor parte de los hombres. He ahí las imágenes verdaderas de todas

las lunas de miel; esta es su historia, este es el hecho y no la causa.

Pero que hombres dotados de cierta potencia intelectual, gracias a una educación privilegiada, acostumbrados a hacer profundas combinaciones para brillar, ya en política, ya en literatura, en las artes, en el comercio o en la vida privada, se casen con ánimo de ser felices, de gobernar a una mujer por medio del amor o de la fuerza, y caigan todos en el mismo lazo, convirtiéndose en necios después de haber gozado de alguna felicidad durante algún tiempo, es un problema cuya resolución reside más bien en las desconocidas profundidades del alma humana, que en la especie de verdades físicas con que nosotros hemos procurado ya explicar algunos de estos fenómenos. La peligrosa investigación de las leyes secretas que casi todos los hombres violan en este caso sin apercibirse de ello, ofrece bastante gloria, aun para el que fracasase en esta empresa, y por eso la intentamos. Probemos, pues,

A pesar de cuanto digan los necios sobre la dificultad que encuentran para explicar el amor, hay en él principios tan infalibles como los de la geometría, sólo que, como cada individuo los modifica a su gusto, le damos la dominación de caprichos, cuando en realidad éstos sólo son producto de nuestras innumerables organizaciones. Si nos fuese posible ver los varios efectos de la luz sin percibir su principio, el sol, muchas personas no creerían en la existencia de éste ni en su unidad. Así que, los ciegos, los que no quieren ver la verdad de mis asertos, pueden gritar cuanto quieran; aunque no tan sabio como Sócrates, me alabo, como hacia él, de no conocer otra cosa que el amor, y, por lo tanto, voy a procurar deducir algunos de sus preceptos, para evitar a los que se hayan casado o traten de casarse el trabajo de romperse la cabeza: pronto tocarán sus resultados.

Ahora bien, todas nuestras precedentes observaciones se resuelven en una sola proposición que puede ser considerada como el último término o como el primero, si se quiere, de esta secreta teoría del amor, que acabaría por aburriros si no le diésemos pronto cima. Este principio está contenido en la siguiente fórmula:

LVII

Entre dos seres susceptibles de amor, la duración de la pasión está en razón directa de la resistencia primitiva de

la mujer o de los obstáculos que los azares sociales oponen a vuestra dicha.

Si sólo os dejan desear un día, es fácil que vuestro amor no dure ni tres noches. ¿Cuáles serán las causas de esta ley? No lo sé. Si miramos en torno nuestro, vemos que las pruebas de esta regla abundan: en el reino vegetal, las plantas que tardan más en crecer son las que gozan de existencia más larga; en el orden moral, las obras hechas de ayer mueren mañana; en el orden físico, el seno que viola las leyes de la gestación produce un fruto muerto. En todo y por todo, una obra de duración tiene que ser incubada por el tiempo. Un largo porvenir exige un largo pasado. Si el amor es un niño, la pasión es un hombre. Esta ley general que rige a la naturaleza, a los seres y a los sentimientos, es precisamente la que infringen todos los matrimonios, según hemos demostrado. Este principio ha dado origen a las fábulas amorosas de la Edad media: los Amadises, los Lancelotes, los Tristanes de los Fabliaux, cuya constancia amorosa parece con razón inverosímil, son las alegorías de esa mitología nacional que nuestra imitación de la literatura griega ha matado en flor. Estas originales figuras, dibujadas por la imaginación de los trovadores consagraban esta verdad.

LVIII

Nosotros sentimos apego más o menos duradero a las cosas, según los cuidados, los trabajos o los deseos que nos ha costado conseguirlas.

Todo cuanto nuestras meditaciones nos han revelado sobre las causas de esta ley primordial de los amores, se reduce al axioma siguiente, que es principio y consecuencia de sí mismo.

LIX

En todo y por todo no se recibe más que en razón directa de lo que se da.

Este último principio es tan evidente que no nos entredremos en demostrarlo. Nos limitaremos a hacer una

observación que, a nuestro juicio, no carece de importancia. El que dijo:

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira,
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

proclamó un hecho que la inteligencia humana, sofista por naturaleza, interpreta a su modo, pues parece realmente que las cosas humanas tengan tantas facetas como inteligencias las examinan.

No existe en la creación ninguna ley que deje de estar contrarrestada por otra ley contraria: en todo y por todo, la vida se resume en el equilibrio de dos fuerzas naturalmente opuestas. En el objeto que nos ocupa, en amor, es indudable que si dais demasiado, no recibiréis bastante. La madre que muestra a sus hijos toda su ternura, hace nacer en ellos la ingratitud, que quizá proviene de la imposibilidad en que se encuentra uno de poder corresponder a tanto amor. La mujer que ama más de lo que es amada, tiene que verse necesariamente esclavizada. El amor duradero es el que mantiene siempre en equilibrio la fuerza de dos seres. Ahora bien, este equilibrio puede establecerse siempre: aquel de los dos que ama más, debe amoldar su cariño al cariño del que ama menos. Después de todo, ¿qué menor sacrificio puede pedírsele a un alma enamorada, y con cuánto gusto no lo hará ésta sabiendo que el amor depende de ese equilibrio?

¿Qué sentimiento de admiración nace en el alma del filósofo al ver que, sin duda, no hay más que un principio único en el mundo, del mismo modo que no hay más que un Dios único; y que nuestras ideas y nuestros afectos están sometidos a las mismas leyes que rigen el movimiento del sol, el brotar de las flores y la vida toda del universo!...

Sin duda hay que buscar en esta metafísica del amor las razones de la siguiente proposición, que arroja viva luz sobre la cuestión de las Lunas de Miel y de Hiel.

TEOREMA

El hombre puede pasar de la aversión al amor; pero cuando ha empezado amando y termina odiando, jamás vuelve a amar.

En algunas organizaciones humanas los sentimientos son incompletos, como lo es el pensamiento en algunas imaginaciones estériles. Así como las potencias intelectuales están dotadas de la propiedad de aprehender las relaciones que existen entre las cosas, sin sacar conclusión de ellas, de la facultad de apreciar cada relación separadamente, y de la fuerza de ver, de comparar y de expresar, así las almas pueden concebir los sentimientos de una manera perfecta. El talento, lo mismo en amor que en cualquiera otro arte, consiste en la reunión en un solo ser de las potencias de concebir y ejecutar. El mundo está lleno de gentes que cantan canciones sin retornelo, que tienen porciones de idea y de sentimiento, y que no coordinan los movimientos de sus afectos ni los de sus ideas. En una palabra, que son seres incompletos. Unid una inteligencia clara a otra pobre y prepararéis la desgracia; pues en todo es necesario el equilibrio.

Dejamos a los filósofos tenorios y a los conquistadores de trastienda el gusto de investigar los mil modos como los temperamentos, las posiciones sociales y la fortuna rompen los equilibrios, y vamos a examinar la última causa que influye en la postura de las lunas de miel y la salida de las lunas de hiel.

Existe en la vida un principio más poderoso que la vida misma. Este principio es un movimiento cuya rapidez procede de un impulso desconocido. El hombre desconoce el misterio de este movimiento, como la tierra ignora las causas de su rotación. Este no sé qué, que yo llamaría con gusto la corriente de la vida, se sobrepone a nuestras ideas más queridas, dispone de la voluntad de la mayor parte de los hombres y nos arrastra a todos a pesar nuestro. A esto se debe sin duda el que un hombre de buen sentido, que no dejará de satisfacer sus pagares si es comerciante, habiendo podido evitar la muerte o ¡cosa más cruel aún! una enfermedad, observando una práctica fácil, pero cotidiana, se vaya a la sepultura, después de haberse dicho todas las tardes: «¡Oh! tengo que curarme, mañana no me olvidaré las pastillas!». ¿Cómo explicar esta extraña fascinación que nos domina en todas las cosas de la vida? ¿Es falta de energía? no, porque los hombres de mayor fuerza de voluntad están sometidos a ella; ¿es falta de memoria? tampoco, porque gentes que poseen esta facultad en el más alto grado están también sujetos a ella.

Este hecho, que todos han podido observar en el prójimo, es una de las causas que excluyen a la mayor parte

de los maridos de la luna de miel. El hombre más prudente, aquel que haya vencido todos los escollos que ya hemos señalado, no evita a veces los lazos que él mismo se tiende engolfándose en los negocios.

He observado que el hombre obra con el matrimonio y sus peligros como con las pelucas, y quizás las siguientes frases acerca de la peluca darán una fórmula de la manera de mirar el casado los peligros del matrimonio.

PRIMERA ÉPOCA.—¿Acaso tendré yo nunca canas?

SEGUNDA ÉPOCA.—En todo caso, si llegara a tener canas, no llevaría nunca peluca. ¡Dios mío! ¡qué fea es la peluca!

Un día, oís una voz joven, que el amor ha hecho vibrar muchas veces, que exclama: ¡Cómo! ¿tienes ya una cana?...

TERCERA ÉPOCA.—¿Por qué no he de ponerme una peluca tan bien hecha que engañe a todo el mundo? Se encuentra no sé qué satisfacción en pegársela a todos; además, la peluca da calor, preserva a uno de constiparse, etc.

CUARTA ÉPOCA.—Lleváis la peluca tan bien puesta que engañáis a todos los que no os conocen.

La peluca os preocupa sobremanera, y el amor propio os convierte todas las mañanas en rival de los peluqueros más hábiles.

QUINTA ÉPOCA.—La peluca descuidada... ¡Dios mío! ¡qué fastidioso es tener que quitársela todas las noches y peinarla todas las mañanas!

SEXTA ÉPOCA.—La peluca deja ver algunos cabellos blancos, se mueve, y el observador ve en vuestra nuca una línea blanca que forma contraste con los matices más oscuros de la peluca circularmente remangada por el cuello de la levita.

SÉPTIMA ÉPOCA.—La peluca parece hecha con grama, y permitidme que os lo diga ¡hasta vosotros mismos os burláis de ella!

—Caballero—me dijo una de las poderosas inteligencias femeninas que se han dignado iluminarme en algunos de los pasajes más oscuros de esta orba,—¿qué sentido da usted en su obra a aquello de la peluca?

—Señora—le respondí,—cuando un hombre llega a ser indiferente respecto de la peluca, es... es... lo que probablemente no es su marido de usted.

—Mi marido no es... (La dama titubeó como buscando la palabra.) No es... amable; no es... robusto; no es... de carácter igual; no es...

—Entonces, señora, ¿podrá ser indiferente a la peluca?